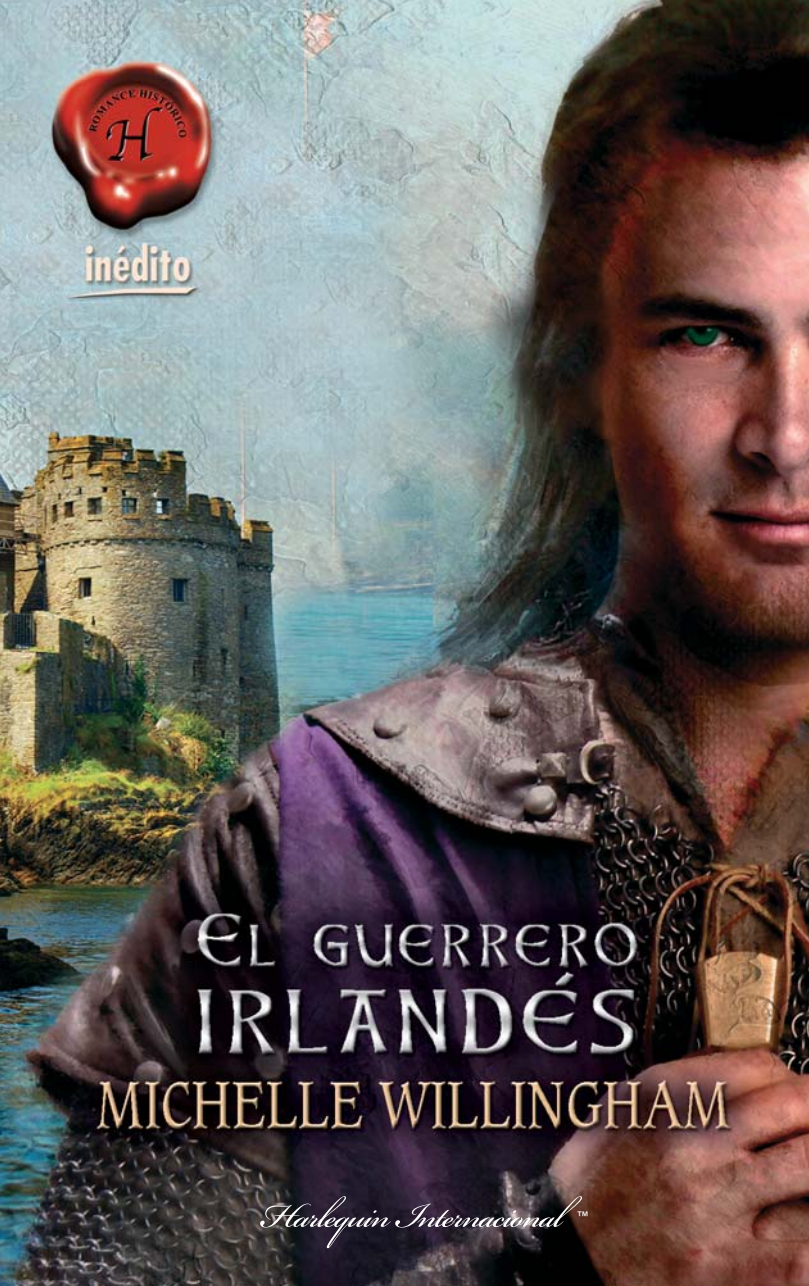

ROMANCE HISTÓRICO
H
inédito
EL GUERRERO IRLANDÉS
MICHELLE WILLINGHAM
Harlequin Internacional™

El guerrero irlandés

MICHELLE WILLINGHAM



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Michelle Willingham. Todos los derechos reservados.
EL GUERRERO IRLANDÉS, Nº 448 - 1.1.10
Título original: Her Irish Warrior
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8085-5
Editor responsable: Luis Pugni

Nota de la autora

Cuando visité Irlanda por primera vez, me sorprendió la gran belleza de la Isla Esmeralda. La amabilidad de sus gentes, el amor que tienen por las historias y sus ricas tradiciones consiguieron que me enamorara del país. Paseando entre las ruinas de castillos, podía percibir los fantasmas de personas que habían vivido allí en la Edad Media. Fue en ese lugar donde nacieron mis historias protagonizadas por los guerreros irlandeses MacEgan.

El verano pasado, visité los restos arqueológicos de algunos antiguos fuertes irlandeses y normandos. En esos lugares lucharon, vivieron y amaron algunos guerreros legendarios. Espero que disfruten con las historias de los hermanos MacEgan y de las mujeres que se hicieron un hueco en su corazón.

Uno

Isla de Erin, año 1171

Genevieve de Renalt podía sentir cómo le quemaban los pulmones. Apenas podía respirar, pero no estaba dispuesta a dejar de correr. Con cada paso que daba, se acercaba un poco más a su ansiada libertad. Podía escuchar el galope de un caballo en la distancia. Él la seguía.

«Soy una tonta», pensó.

Se dio cuenta de que iba a necesitar un caballo, comida y dinero para poder subsistir. Pero no había tenido tiempo para pensar en nada de eso. Había tenido la oportunidad de escapar y lo había hecho. Creía que, aunque no le sirviera de nada y fuera capturada, debía al menos intentarlo.

Era la única manera que tenía de escapar de su prometido. Le bastaba con ver a sir Hugh Marstowe para echarse a temblar. Había estado enamorada de él en el pasado, pero había cambiado tanto que sólo deseaba huir.

El caballo de Hugh iba hacia ella trotando. Sabía que estaba jugando con ella, como un halcón vigilan-

do a su presa. Podría capturarla fácilmente, pero parecía estar disfrutando con la situación y desear que ella le temiera.

Ese hombre la había controlado durante todo un mes, intentando domar a la que iba a ser su esposa. Se había sentido como un perro, obedeciendo en todo momento las órdenes de su amo. Nada de lo que dijera o hiciera era suficiente para ese hombre. Enfurecida, recordó el dolor que le había causado con sus puños.

No tenía fuerzas, pero tenía que intentarlo. Sentía que era su única oportunidad. Odiaba a su prometido y no quería tener que casarse con él. Corriendo por el bosque, se golpeaba continuamente contra árboles y arbustos. Le dolía todo el cuerpo y no le quedaba mucha energía. Sabía que no iba a poder seguir corriendo. Rezó para que sucediera un milagro, para que algo la salvara de esa pesadilla. Sabía que a su lado no podía vivir, ese hombre le estaba quitando la vida y las ganas de seguir adelante.

Se arañó las manos con un arbusto espinoso y la capa se le enganchó en sus ramas. Caía ya la tarde y pronto se iba a hacer de noche. El cansancio se hacía insoportable y tenía los ojos llenos de lágrimas. Con las manos ensangrentadas, tiró de las ramas para liberarse.

—¡Genevieve! —gritó Hugh tras ella.

Su voz hizo que se estremeciera de terror. Había detenido su caballo a la entrada del bosque. Le bastó con verlo una vez más para reunir las fuerzas que necesitaba para seguir corriendo.

«No puedo volver», pensó.

Echó de nuevo a correr y se deslizó entre los noga-

les hasta llegar a un claro. La hierba estaba cubierta de escarcha y tropezó al intentar subir la escurridiza ladera de una colina.

Le llamó la atención el silencio que invadía ese lugar. Desde su posición en lo alto de la colina, le pareció ver algo de movimiento. Fue entonces cuando vio desde allí a un hombre.

Después vio que había más. Los colores que llevaban le indicaron que se trataba de irlandeses. Detrás de ellos, en el valle, vio a uno que cabalgaba en solitario. A lomos de su caballo, el guerrero llevaba la capa enganchada con un gran broche. No se llevó la mano a la espada, pero se dio cuenta de que estaba muy alerta. Llevaba la cabeza cubierta y no podía verle los ojos, pero le dio la impresión de que irradiaba seguridad.

Alto y con anchos hombros, la observaba con atención. No sabía si era un simple soldado o un noble, pero le pareció que tenía el porte de un rey. Les hizo un gesto silencioso al resto de los hombres y estos se dispersaron y fueron a ocultarse detrás de otra colina.

El corazón comenzó a golpear con fuerza en su pecho, sabía que ese hombre podría matarla. Pero respiró profundamente y lo miró sin flaquear. Fue despacio hacia él, aunque su sentido común le decía que no lo hiciera. Había oído historias horribles sobre cómo trataban algunos guerreros a las mujeres.

Pero ese hombre tenía un caballo. Y ella necesitaba uno si quería escapar por fin de Hugh.

El hombre la miró fijamente. No podía gritar, eso alertaría a su prometido, que la podría encontrar sin problemas. No tenía mucho tiempo para salir de allí antes de que llegara Hugh.

—Por favor —le rogó ella entonces en un susurro—. Necesito vuestra ayuda.

Se preguntó si el hombre la habría entendido. Vio unos dibujos celtas en sus ropas y decidió repetir su petición en irlandés. Le pareció que las palabras conseguían al fin que reaccionara.

Los segundos se le hicieron eternos. Pero entonces, el guerrero hizo girar su caballo y se alejó de allí.

No tardó mucho en alejarse de ella y dejarla sin su única esperanza de escapar.

Bevan MacEgan maldijo entre dientes, no entendía cómo podía ser tan débil. En cuanto la mujer habló, supo que era normanda. Y, junto con el odio que sentía por esa gente, le sobrevino el incontrolable deseo de ayudarla.

Esa dama había conseguido despertar un fantasma de su pasado. Su cara y su pelo oscuro le había recordado una pesadilla que llevaba dos años intentando olvidar. Cerró un instante los ojos para intentar deshacerse de esa imagen.

Ya la había visto correr por el bosque antes de que ella los viera y le diera orden a sus hombres de ocultarse entre las colinas. Sabía que quien la seguía no pretendía matarla. De otro modo, ya lo habría hecho. La intención del caballero normando había sido capturarla.

Y él, al dejarla allí sola, había permitido que sucediera.

Había tenido que elegir entre la seguridad de sus hombres o la de una mujer que no conocía de nada.

Sabía que había tomado la mejor decisión, pero se sentía muy culpable. Se consideraba un hombre honrado, uno que protegía a las mujeres y a los indefensos. Pero, en esa ocasión, no lo había hecho.

Creía que era demasiado tarde para intervenir. No podía arriesgar sus planes de ataque dejando que otros pudieran adivinar su posición. Su principal baza en esa batalla era el elemento sorpresa y no podía echarlo todo a perder.

Tenía todo muy claro en su cabeza, pero no pudo evitar dejarse llevar por su instinto.

—Quiero cinco hombres que me acompañen hasta la fortaleza —ordenó—. Que el resto rodee la zona. Y encended los fuegos en cuanto anochezca.

—Vais detrás de ella, ¿verdad? —le preguntó el capitán.

—Así es.

—No podéis salvarlas a todas. Además, sólo es una mujer.

—Seguid mis órdenes —repuso él con firmeza.

Sabía que era un riesgo innecesario. Pero había visto el terror en los ojos de esa mujer. El mismo que había visto en su esposa justo antes de que el enemigo la hiciera cautiva.

Recordó lo impotente que se había sentido en esos instantes.

Eligió a los cinco hombres que iban a ir con él y se dirigieron todos hacia la fortaleza de Rionallís. Eran sus tierras, las que le había arrebatado el invasor. Pero, con la ayuda de sus hombres, pensaba recuperarlas.

Rionallís era algo más pequeña que el resto de las fortalezas. Dentro había construido un castillo hecho

con madera y barro, al estilo normando. Lo conocía como la palma de su mano y también sabía cómo burlar sus defensas.

Dio una orden y sus hombres se colocaron en sus puestos. Esperó hasta ver que estaban listos y apartó entonces las zarzas que cubrían la entrada. El túnel secreto llegaba hasta el sótano de la fortaleza, donde estaban las habitaciones que usaban para almacenaje.

Miró una vez más la torre del castillo. Era una oscura silueta contra la rojiza luz del atardecer. Rezó rápidamente para salir victorioso de aquélla.

Sintió el frío del túnel en cuanto entró. Llevaba año y medio sin usarlo y le llamó la atención que no había nada almacenado en el sótano. A esas alturas del año, debería haber estado lleno de sacos con cereales y otras viandas. Se dio cuenta de que sus gentes iban a sufrir mucho ese invierno si no los ayudaba.

Aunque no había sabido que su propiedad había sido conquistada hasta entonces, no podía evitar sentirse culpable. En vez de proteger a los suyos, había dejado que la pena lo consumiera y había estado luchando para otros como soldado mercenario. Durante la última primavera, los normandos se habían hecho con Rionallís como si fueran una plaga de langostas. Habían acabado con los víveres de sus súbditos y habían profanado su hogar. Sabía que eran muy pocos hombres para enfrentarse a los normandos, pero él contaba con la ventaja que le daba conocer bien aquel lugar. Estaba decidido a echarlos de allí y no iba a detenerse ante nada.

Fue hasta la escalerilla que daba a una de las chozas de la fortaleza y se detuvo un instante. Habría

deseado no haber visto a aquella mujer normanda. Recordó sus aterrados ojos mientras le pedían ayuda.

No entendía por qué no podía odiar a todos los normandos y matarlos sin siquiera pensárselo dos veces. Tenía derecho a la venganza, pero esa mujer lo complicaba todo.

No se le había pasado por alto su belleza. Tenía un rostro dulce y bonitos ojos azules. Era inocente y necesitaba ser protegida. No había podido salvar a su propia esposa de los asaltantes, pero pensó que podría salvar a esa joven.

Pero su decisión no hizo que se sintiera mejor, todo lo contrario. Eso hacía la operación más peligrosa aún. Por otro lado, la mujer les daba la oportunidad de usarla como rehén para recuperar su propiedad. Y después, si ella lo deseaba, podría concederle la libertad.

Subió las escalerillas y sorprendió con su presencia a los que habitaban la cabaña. Se llevó inmediatamente el dedo a los labios para que no gritaran, pero sabía que sus gentes nunca lo traicionarían. El herrero lo reconoció enseguida y tomó su martillo para decirle sin palabras que estaba dispuesto a luchar con ellos.

Fue hasta la puerta de la casa y contó los soldados enemigos que vigilaban el patio de la fortaleza. Decidió que esa misma noche recuperaría Rionallís de las manos del invasor.

—Me alegra tanto ver que estáis bien —dijo sir Hugh mientras la abrazaba.

Genevieve apenas podía respirar. Se había quedado sin fuerzas y él había conseguido atraparla. Frustrada,

intentó dominarse para no derramar las lágrimas que llenaban sus ojos.

Oscuros recuerdos llenaron en ese instante su cabeza. Sabía lo que él iba a hacerle e intentó no pensar en nada, intentar convencerse de que su cuerpo no era su cuerpo. Era todo lo que podía hacer para soportar el dolor.

No quedaba ya nadie que pudiera ayudarla. Su padre había enviado a unos buenos amigos, sir Peter de Harborough y su esposa, para que fueran sus tutores hasta que él volviera. Pero le habría dado igual no enviar a nadie para protegerla. Ninguno de los dos había sido capaz de entender cómo era realmente Hugh. Lo veían simplemente como un hombre fuerte y autoritario al que sus soldados respetaban.

Cuando les habló de cómo la castigaba, sir Peter se había limitado a encogerse de hombros y a decirle que un hombre tenía derecho a corregir y disciplinar a su esposa.

Pero ella no era la esposa de Hugh. Al menos no lo era por el momento. Y nadie podía decirle nada para convencerla de que era normal que la tratara con tanta crueldad.

Los hombres de su padre tampoco querían intervenir. El último que había tratado de protegerla de sus palizas había aparecido muerto pocos días después. Los soldados obedecían ciegamente a Hugh, le tenían miedo y él se aprovechaba de la situación.

—Temía por vuestro bienestar, aquí sola en el bosque —le dijo Hugh mientras la besaba en la sien.

Pero para ella no era un gesto cariñoso, sino algo que intentaba recordarle que era suya y que no podía

hacer nada por escapar. Sabía que le esperaba un fuerte castigo.

Lo miró a los ojos. Recordó que le había parecido apuesto con su pelo rubio y corto y sus ojos azules. Pero, después de saber cómo era en realidad, su rostro no era más que un fiel reflejo de su frío corazón.

—Dejad que vuelva con mi familia, Hugh. No soy la esposa que necesitáis —le dijo con firmeza.

El hombre la agarró por la barbilla.

—Aprenderéis a ser la esposa que necesito.

—Pero hay otras mujeres. Otras con más dinero y posesiones que yo...

Notó que las manos de Hugh bajaban hasta su cintura y, asqueada, apartó la vista.

—Sí, pero ninguna de tan alto rango —repuso él mientras acariciaba su espalda—. Ninguna con tierras como las de Rionallís. Aquí puedo convertirme en rey. Los irlandeses son gentes primitivas, no saben lo que es luchar —añadió él con una sonrisa—. Y vos reinaréis a mi lado. El rey así lo ha ordenado.

Ella se quedó callada. La habilidad de Hugh en el campo de batalla le había hecho ganar los favores del rey Enrique. Cuando Hugh pidió su mano y supo que el propio rey aprobaba el enlace, se dejó llevar por las halagadoras palabras del caballero y, creyendo que era tal y como se mostraba, le había rogado a su padre que la entregara en matrimonio. Había sido la mayor equivocación de su vida.

Hugh la colocó sobre el caballo y montó tras ella. Se estremeció al sentir el cuerpo de su prometido contra su espalda. El hombre tiró de las riendas y ella quedó apresada entre sus brazos. Cuando vio frente a

ella la fortaleza, sintió que desaparecían por completo las pocas fuerzas que aún le quedaban.

No podía aceptar su destino. Presa del pánico, no podía pensar en otra cosa que no fuera salir de aquel sitio y evitar la boda. Necesitaba más que nada la ayuda de su padre. Rezaba cada día con fervor para llegar a ver en la distancia los pendones de su familia y a su padre de vuelta. Pero ese día no llegaba nunca.

Entraron por la puerta principal de la fortaleza y vio que los irlandeses la miraban con lástima. Hugh bajó del caballo y la obligó a acompañarlo.

—Debéis estar cansada —le dijo su prometido—. Os llevaré a vuestros aposentos.

Sabía muy bien qué pasaría en cuanto llegaran allí. Cerró los ojos un momento e intentó pensar en una excusa, cualquier cosa que le permitiera al menos retrasar el fatídico momento del castigo.

—Tengo hambre —le dijo—. ¿Podría comer algo antes de retirarme?

—Me encargaré de que os lleven comida después de que hablemos de... de vuestro viaje —repuso Hugh mientras apretaba con fuerza su brazo y la llevaba escaleras arriba hasta su cuarto.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no pensaba darle la satisfacción de que la viera llorar.

Se concentró en el dolor que le estaba haciendo en el brazo mientras iban hacia sus aposentos. Entraron y Hugh cerró y atrancó la pesada puerta.

—¿Por qué queríais escapar? —le preguntó entonces.

No dijo nada, no quería enfurecerlo más.

—¿No sabéis acaso que siempre saldré a buscaros?

Sois mía y he de protegeros —le dijo Hugh mientras le acariciaba la cabeza y enredaba el pelo en sus dedos.

Ella no se movía y trató de no mirarlo a los ojos.

—El rey ha ordenado que vayamos a visitarlo a Tara —le anunció entonces Hugh—. Nos casaremos allí dentro de unos días —añadió con orgullo—. Puede que me conceda más tierras como regalo de bodas.

Se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

—No estéis triste, ya falta poco.

Si intentaba calmarla, estaba consiguiendo lo contrario. Había sido una suerte para ella que el rey Enrique no hubiera aceptado antes las continuas peticiones de audiencia por parte de su prometido. Las alianzas políticas con los reyes irlandeses habían sido la prioridad del monarca, pero había llegado el momento y ella se había quedado sin su última oportunidad de verse libre de aquel hombre.

—No puedo casarme sin la presencia de mi padre —le dijo ella entonces.

—Thomas de Renalt vendrá —repuso Hugh con frialdad—. De hecho, ya debería haber llegado.

—Pero ha estado enfermo —le recordó ella.

Su padre le había ordenado que se quedara en Rionallís aunque no estuviera él. Acompañada por algunos soldados y los tutores que había enviado con ese propósito, su padre había pensado que estaría segura en aquel lugar. Había conseguido sobornar a uno de los clérigos para que enviara cartas a su padre en las que le pedía que diera por terminado el compromiso matrimonial. La última la había enviado una semana antes.

Pero Thomas de Renalt no había contestado ninguna de sus misivas y temía que Hugh hubiera podido interceptar los mensajes de alguna manera.

—No pienso seguir esperando a que llegue —anunció su prometido—. No sé cuáles son las intenciones del conde, pero los documentos en los que me concede vuestra mano están firmados. Con su presencia o sin ella, seréis mi esposa.

—Nunca me casaré con vos —exclamó ella fuera de sí—. No me importa lo que diga el rey.

Hugh le dio un puñetazo en la nuca. El dolor fue tan intenso que le zumbaron los oídos, pero se controló para no gritar.

—No habéis perdido las ganas de responderme, ¿verdad? —masculló él entre dientes.

Tragó saliva. Sabía que había sido un error provocarlo con sus palabras. No podía luchar contra él. Hugh era mucho más fuerte y le convenía obedecerlo sin rechistar. Así lograba a veces que fuera un poco más magnánimo con el castigo. Intentó controlarse para no volver a desafiarlo.

Lo miró a los ojos y vio que le sonreía. Era un gesto despreciable que cada vez odiaba más.

—Quitaos la ropa —le ordenó.

Se le hizo un nudo en la garganta al escucharlo. No podía soportar que la tocara. Durante las últimas semanas, su prometido había disfrutado mucho humillándola cada vez un poco más. Si ella se negaba a hacer lo que le pedía, Hugh la golpeaba con furia hasta que caía desplomada al suelo. Aunque aún no la había despojado de su inocencia, sabía que era cuestión de tiempo. Se quedó sin aliento al pensar en ello.

Hugh, al ver que no se quitaba la ropa, le dio un fuerte puñetazo en el estómago que hizo que se doblara por la mitad. Se agarró el vientre sin poder ahogar un grito de dolor. No podía creer que su existencia fuera a ser así, que fuera a tener que ser humillada y sufrir tanto cada día de su vida.

Abrumada por los pensamientos, cerró los ojos. Sabía que otras mujeres en su lugar podrían llegar a quitarse la vida, pero ella no quería arriesgarse a condenar su alma. Hugh era dueño de su cuerpo y de su destino, pero no iba a dejar que determinara también a dónde iría a parar su alma durante toda la eternidad.

Vio que Hugh sacaba la daga de su vaina y sintió que se le paraba el corazón al ver el filo del arma. Con un ágil movimiento, el hombre cortó los lazos de su corpiño hasta que su vestido cayó al suelo. Vestida sólo con sus enaguas, intentó cubrirse con pudor.

—Me pertenecéis, Genevieve —le dijo Hugh mientras dejaba la daga sobre la mesa e iba hacia ella.

Miró de reojo el arma. Se apartó para evitar otro puñetazo y se echó sobre la mesa. La daga cayó al suelo.

—Por favor —susurró ella entonces—. Lo siento.

No era verdad, no se arrepentía de nada, pero creía que así podría espaciar los golpes y atenuar un poco la paliza. Le dolía cabeza y un hilillo de sangre caía por su mejilla.

Hugh comenzó a quitarse la ropa, revelando poco a poco su fuerte cuerpo.

—No, no lo sentís en absoluto. Pero lo sentiréis...

Se acercó a ella en dos zancadas.

—Ha llegado la hora de que aprendáis a ser una

esposa obediente —le dijo mientras agarraba con una mano su nuca—. Ocurrirá muy pronto, Genevieve —añadió mientras la besaba con violencia—. No sabéis cuánto placer puedo daros...

—No... —susurró ella.

—No deseo forzaros —repuso Hugh entonces con algo más de amabilidad—. Ya podría haberos tomado si así lo hubiera querido, pero soy un hombre paciente y comprensivo. Ofreceos voluntariamente y os mostraré las ventajas que tiene ser obediente. Os conozco mejor que vos misma. Aunque tratáis de resistiros, sé que deseáis que os toque.

«Nunca lo desearé», pensó ella.

No podía soportar la idea de que ese hombre la tocara. Se le revolvía el estómago sólo con pensarlo. Levantó con orgullo la cara y se fijo en sus despiadados ojos azules. Era atractivo, pero no sentía más que asco por él. Le escupió entonces.

—Os odio —soltó de repente.

Vio cómo Hugh cerraba con furia los puños. Fue hacia ella y le dio un puñetazo en la mejilla. El golpe hizo que cayera de rodillas al suelo. No pensó en el dolor y agarró disimuladamente la daga que yacía sobre la alfombra.

Sin que Hugh la viera, escondió el arma bajo sus enaguas.

Agarraba la empuñadura con fuerza. No estaba acostumbrada a usar armas y no sabía si tendría el coraje de llegar a utilizarla. Tenía muchas dudas, pero el miedo era más fuerte y se dio cuenta de que tenía que agarrarse como fuera a las pocas oportunidades que le surgían.

Sonaron entonces fuertes golpes en la puerta y miró extrañada hacia allí.

Hugh maldijo entre dientes y se puso de nuevo su túnica antes de abrir.

—¿Qué ocurre?

—Nos atacan, mi señor —le informó un criado—. Unos invasores irlandeses han prendido fuego al cercado exterior.

—Quedaos aquí —le ordenó Hugh.

Se quedó de repente sola. El destino le daba un respiro. Se apoyó en la pared. Estaba conmocionada, no sabía qué hacer. Estaba helada y el dolor era casi insoportable. Agarró la fina tela de las enaguas, como si así pudiera protegerse de algo. No se sentía aliviada, sabía que Hugh regresaría tarde o temprano para seguir castigándola.

Estaba aterrada. Soltó la daga. Había perdido la oportunidad de defenderse de él con el arma.

Tenía el pelo revuelto y vio que sangraba cerca de la nuca. Se quitó el velo. Su pelo, oscuro y largo, ocultaría la herida.

Podía oír voces en la planta baja. Se sentó y apoyó la frente en las rodillas intentando recuperar sus fuerzas. Si estaban siendo atacados, tendría otra oportunidad para escapar de allí.

Se puso en pie muy despacio. Le dolía tanto el cuerpo que temió que Hugh le hubiera roto alguna costilla. Le dolía el costado cada vez que respiraba. Se agachó para recoger su vestido y se lo puso con dificultad. Los cordones estaban todos cortados, pero al menos así tenía menos frío.

«Tengo que salir de aquí», se dijo.

Era su última oportunidad y no podía dejarla escapar.

Un ruido atrajo su atención. Se giró hacia un gran tapiz que cubría una de las paredes de su dormitorio. Vio que se sacudía. Asustada, dio un paso atrás. No sabía de qué se trataba. El instinto le decía que debía estar alerta. Volvió a agarrar con fuerza la daga.

Un hombre salió entonces de detrás del tapiz. Iba completamente armado. Se le fueron los ojos a la gran espada que empuñaba. Llevaba una túnica verde oscuro que caía hasta sus rodillas. Reconoció el broche que sujetaba su capa a un lado. Era el soldado que se había encontrado en las colinas. Su presencia emanaba autoridad y recordó enfurecida que no había querido ayudarla.

—¿Quién sois? —le preguntó.

El caballero tenía el pelo largo y oscuro como la noche. Una antigua y fina cicatriz cruzaba una de sus mejillas.

—Soy Bevan MacEgan —le dijo.

La túnica no ocultaba su fuerte y musculoso cuerpo. Se dio cuenta entonces de que ese hombre podía ser más peligroso aún que Hugh.

—¿Cómo os llamáis vos, señora? —preguntó él mientras se cruzaba de brazos.

Sus ojos verdes la miraban con interés, como si estuviera intentando decidir si podía confiar en ella.

—Soy Genevieve de Renalt.

MacEgan siguió mirándola.

—¿Qué os ha pasado?

Recordó entonces que su vestido estaba rasgado y se cubrió lo mejor que pudo.

—Me castigaron por escaparme.

—¿Quién?

Dudó un segundo antes de contestarle, pero lo hizo después con la verdad.

—Sir Hugh Marstowe.

—¿Por que os perseguía?

—Porque me negué a entregarme a él.

Vio cómo se endurecían los ojos de ese hombre y su gesto se tornaba duro como la piedra, como la de las montañas de esa zona del país.

—Podría matarlo por lo que os ha hecho si eso es lo que deseáis.

—Perdisteis vuestra oportunidad —repuso ella enfadada—. Podría haber conseguido escapar para siempre de él, pero os quedasteis parado y os negasteis a socorrerme en las colinas.

—Aún puedo hacerlo —repuso él con voz amable—. Ahora estoy aquí.

Ese caballero era un intruso, un desconocido y alguien que se había negado a ayudarla, pero vio algo en su rostro que la sorprendió. Le pareció que hablaba con sinceridad. Quizá fuera sólo un bárbaro cuyo único objetivo fuera hacerse con Rionallís, pero había notado algo en el timbre de su voz que le hizo reconsiderar sus opciones.

Creía que era mejor aprovechar esa oportunidad que esperar a que regresara Hugh. Si tenía que elegir entre quedarse allí o irse con un forastero, decidió que merecía la pena arriesgarse con Bevan MacEgan.

—Sería suficiente con que me ayudarais a salir de aquí —le dijo mientras bajaba la daga—. ¿Cómo habéis conseguido entrar?

MacEgan apartó el tapiz y le mostró un estrecho hueco en la pared. Había un pasadizo dentro del muro y vio una cuerda allí enganchada.

—No esperaréis que salga por ahí, ¿verdad? —le preguntó asustada.

La idea de caer desde esa altura era suficiente para estremecerla.

—No, saldremos por otro sitio —repuso él con determinación—. Venid.

—¿Adónde?

—Bajo las escaleras. Pero, si he de ayudaros, es con una condición.

—¿Cuál?

—Seréis mi rehén.

Sus palabras le hicieron dudar. No conocía a ese hombre y no sabía si estaba en peligro.

Pero recordó que había vuelto a por ella y que quería ayudarla.

—No me entregaréis a ese hombre, ¿verdad?

—No. Pero creo que con vos como rehén ganaremos algo de tiempo.

—¿Por qué atacáis esta fortaleza?

—Porque yo soy el propietario legítimo de Rionallís.

Decidió que no era el mejor momento para llevarle la contraria y decirle que esa propiedad formaba parte de su dote. Sobre todo cuando su libertad dependía de ese hombre. Pensó que no tardaría mucho en saber la verdad.

Agarró el picaporte para abrir la puerta, pero MacEgan la tomó por la cintura y la apartó a un lado. Le bastó con que la tocara para que el dolor se intensificara. Respiró profundamente para intentar dominarlo e hizo lo que le decía.

—Yo saldré antes —le ordenó MacEgan—. Vos me seguiréis.

El hombre abrió la puerta y ella se cerró el frente del vestido con las manos. No quería ni pensar en tener que ver de nuevo a Hugh. Aunque no se sentía orgullosa de ello, no le habría importado que su prometido muriera a manos de MacEgan. Sabía que, sin ese hombre, su vida podría volver a ser la de antes.

MacEgan miró a ambos lados y salieron al pasillo. Vio que había más hombres armados. Él les dio una orden en irlandés para que lo siguieran y le cubrieran las espaldas.

Tenía la mano sobre su cuello y la dirigió así escaleras abajo. Cuando llegaron, MacEgan colocó el filo de la daga en su garganta.

—No os asustéis, no pienso degollaros —le susurró al oído.

Le sorprendía sentirse segura con ese hombre. No lo conocía, pero le transmitía calma. Después de todo, le estaba dando una nueva oportunidad para escapar de Hugh para siempre.

Cuando los soldados normandos los vieron, hicieron ademán de ir hacia ella para salvarla.

—No os acerquéis —exclamó MacEgan.

Los hombres se quedaron inmóviles, pero con las armas en alto. Ella miró a su alrededor, pero Hugh no estaba en el salón del castillo. Aquello le dio mala espina.

—Decidle a sir Hugh que deseo hablar con él —ordenó MacEgan.

Uno de los soldados fue a avisar a su señor y el guerrero irlandés la colocó delante de él.

Se le hicieron eternos los minutos que estuvo esperando a que apareciera Hugh. Seguía con el filo de la daga en el cuello y no se atrevía a moverse. MacEgan sujetaba su nuca con la otra mano.

Los soldados parecían estar listos para atacar y salvarla de las garras del invasor, pero sabía que no harían nada hasta que Hugh se lo ordenase.

Pero su prometido no apareció. Fue sir Peter de Harborough el que llegó a su lado. Su pelo cano estaba despeinado y su armadura manchada de sangre.

—¡Soltadla! —ordenó al ver la situación, mientras se llevaba la mano a la empuñadura de la espada.

—¡Esperad, sir Peter! —exclamó ella.

—Si no queréis que la mate, será mejor que les ordenéis a los soldados que se retiren —masculló MacEgan con autoridad—. Como ya he dicho, deseo ver a sir Hugh.

No entendía por qué no daba la cara su prometido. Estaba segura de que andaba cerca.

Sir Peter parecía estar tan enfadado como confuso. Después de unos segundos, se lo pensó mejor y volvió a guardar la espada.

—¡Malditos irlandeses! No tienen el buen sentido de aceptar que han sido derrotados —murmuró sir Peter—. Traed al prisionero —ordenó a uno de sus soldados.

Notó cómo se tensaba el cuerpo de MacEgan. No tenía ni idea de que hubieran conseguido atrapar a uno de los irlandeses. Cuando un hombre llevó al prisionero, vio que se trataba de un chaval que no podía tener más de catorce años. Era delgado y tenía el pelo rojizo. Entró con la cabeza baja, como si estuviera avergonzado.

MacEgan le habló fuera de sí y en su lengua natal para que los demás no los entendieran.

—¿Qué demonios has hecho, Ewan? Te dije que te quedaras en Laochre.

El joven se encogió aún más al oír a MacEgan.

—Lo siento, hermano. Pensé que...

—¿Pensaste que podías luchar con nosotros? ¿En serio? ¿Cuánto tardaron en capturarte?

El niño se sonrojó.

Genevieve entendía el irlandés y no podía seguir en silencio mientras MacEgan reñía al joven.

—Dejadlo ya en paz, sólo es un niño.

—Sí, y puede que no llegue nunca a ser un hombre si sigue comportándose así —repuso MacEgan mientras apretaba con más fuerza su cuello.

Se dio cuenta de que estaba furioso.

Sir Peter lo miró con una sonrisa victoriosa.

—Bueno, parece que podemos llegar a un acuerdo, MacEgan. Vos ordenaréis a vuestros hombres que se retiren y entregaréis a lady Genevieve. A cambio, soltaremos al chiquillo.

—Y, ¿qué pasa si me niego?

—Es vuestra la decisión, por supuesto. Pero os excedemos en número —explicó sir Peter mientras señalaba con la cabeza hacia la pared opuesta del salón.

Había allí colocados un gran número de arqueros listos para disparar.

—Podríamos acabar con vosotros antes de que vuestros hombres pudieran desenvainar sus espadas.

Sabía que sir Peter hacía todo eso por su bien, trataba de protegerla, pero estaba consiguiendo todo lo

contrario. El hombre se había pasado dos meses sin hacer nada más en el castillo que comer y beber. No había levantado un dedo para protegerla de su violento prometido. Pero cuando un irlandés trataba de salvarla de su negro destino, decidía convertirse en el héroe que no era.

—Esta fortaleza era mía mucho antes de que los normandos se hicieran con ella —le dijo MacEgan—. Sus gentes aún son leales a mí. Si me amenazáis, no tardaréis en sentir el filo de una daga en vuestras costillas cualquier noche mientras durmáis.

Sir Peter se encogió de hombros.

—Ése no es mi problema, sino el de Marstowe. Mi misión aquí es proteger a lady Genevieve hasta la boda.

—Pues parece que no lo habéis estado haciendo muy bien.

El comentario pudo con la paciencia de sir Peter y MacEgan la agarró con más fuerza. Ella apenas podía respirar y sólo pensaba en la daga que sostenía contra su cuello. Creía que él nunca le haría daño, pero temía que cualquier movimiento brusco hiciera que el filo se resbalara sobre su piel.

No entendía por qué no aparecía Hugh. Sabía que no era propio de él no intervenir. Se preguntó si habría huido de Rionallís o si estaría tramando algo para deshacerse de los invasores.

Vio entonces algo moviéndose entre las sombras. La luz del fuego se reflejó sobre la punta de una flecha. Instintivamente, se echó atrás y apretó su cuerpo contra el de MacEgan con todas sus fuerzas. Fue en el mismo instante en el que alguien disparó la flecha. Le

rozó a MacEgan en el hombro, pero ella resultó ilesa. Se dio cuenta de que, de no haberse echado atrás, la flecha le habría dado en el pecho.

MacEgan apartó la daga de su cuello y la agarró con sus dos brazos para apartarla de allí.

—¡Detenedlo! —ordenó alguien.

Cinco soldados agarraron a MacEgan. Él trató de zafarse y les asestó unos cuantos cortes con su daga, pero eran demasiados hombres.

Sir Peter la agarró a ella. También trató de soltarse, pero el hombre la sujetaba con fuerza. Después de una lucha feroz, los soldados consiguieron desarmar a MacEgan. Salió entonces Hugh de entre las sombras.

Se le heló la sangre al verlo. Su prometido fingía interés y preocupación por ella, pero sabía que todo era mentira.

Hugh la abrazó y tocó su cuello, donde MacEgan había colocado la daga.

—Lo mataré por osar tocaros —le dijo Hugh mientras sacaba su espada corta—. Debería cortarle el cuello ahora mismo.

Genevieve cerró los ojos. Sabía muy bien que esos prisioneros nunca saldrían con vida de Rionallís.

—Pero creo que sería mejor dejar que pasen toda la noche sufriendo. Me encargaré de que los ejecuten por la mañana, así todos las gentes verán lo que les pasa a los que atacan esta fortaleza. Creo que el joven será el primero en ser ahorcado.

Miró a su prometido con odio, no podía ocultar el desprecio que sentía por él.

—Pensé que dejaríais que el muchacho se fuera...

—No dejo que nadie escape después de atacar lo

que es mío. Volved a vuestros aposentos y cerrad por dentro —le ordenó Hugh—. Gracias por defenderla —le dijo después a sir Peter.

—No hay de qué —respondió él—. ¿Deberíamos deshacernos también del resto de los hombres?

Hugh asintió con la cabeza.

—Reforzad la seguridad en el vallado exterior —ordenó su prometido a los soldados.

Se puso después su casco y salió del salón.

Le costó gran esfuerzo subir de nuevo a su cuarto. Cada paso le costaba más. No podía permitir que muriera MacEgan después de que hubiera intentado salvarla. Se rodeó la cintura con los brazos. Las costillas le dolían y sabía que Hugh iba a estar aún más furioso cuando se quedaran de nuevo a solas.

Tenía que encontrar la manera de salvar a MacEgan y a su hermano, aunque eso significara arriesgar su propia vida.

Dos

Genevieve se escondió en un cuarto que usaban para guardar comida y hierbas. A lo lejos se oían los sonidos de una violenta batalla y le llegaba hasta allí el olor del humo. Trató de no pensar en las vidas perdidas ese día y se concentró en intentar salvar a dos de esos hombres.

Miró todas las hierbas secas que allí se almacenaban hasta dar con lo que buscaba. Era una hierba amarga y un potente somnífero, pero creía que los guardianes no notarían el sabor si la mezclaba bien con cerveza.

Hugh había enviado a los prisioneros a una celda subterránea. Tal y como se había imaginado, varios guardianes vigilaban a MacEgan. Bajó las escaleras con la jarra de cerveza y unos vasos en sus manos. Estaba aterrada, pero intentó parecer fuerte y sonrió.

—Lady Genevieve, no deberíais estar aquí —le dijo uno de los soldados en cuanto la vio.

—Lo sé, peros merecéis una recompensa después de la valentía que habéis demostrado hoy.

El guardia se animó al ver la bebida y aceptó una